

# LA MONARQUIA INDIANA DE FRAY JUAN DE TORQUEMADA Y LA HISTORIA PRE-AZTECA DEL VALLE DE MEXICO

Félix Jiménez Villalba  
Museo de América

## 1. LA MONARQUIA INDIANA

El franciscano fray Juan de Torquemada fue discípulo de fray Juan Bautista. Nombrado Provincial de su Orden, recibió el encargo de componer una obra que, tras veintiún años de elaboración, fue publicada en Sevilla, en 1615, bajo el título "Los veinte i un libros rituales i monarquía indiana, con el origen i guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, del descubrimiento, conquista, etcétera." La extensión del título original ha hecho que sea conocida familiarmente como "La Monarquía Indiana".

La obra de Torquemada no fue fruto de un contacto directo con la cultura indígena poco después de la Conquista, pero reúne una serie de factores que la hacen muy adecuada para el trabajo que estamos planteando. En primer lugar se trata de una obra humanista y erudita cuyo afán principal es "entroncar con la Historia Universal la exótica historia del Nuevo Mundo, y aunque no pueda llevar a cabo su empeño con la precisión con que un historiador moderno lo haría, se esfuerza denodadamente en trazar comparaciones entre aztecas, judíos y grecorromanos" (Esteve Barba, 1964: 180). Su intento puede resultar pueril pero muestra un gran interés por integrar la historia prehispánica mexicana dentro de la Historia Universal y, lo que es más importante, abre un camino que posteriores investigadores como Clavijero utilizarán con excelentes resultados.

La Monarquía Indiana aparece cuando la euforia de los años posteriores a la Conquista ha ido declinando y es concebida desde una perspectiva ecléctica inspirada en numerosos trabajos anteriores. La visión que nos proporciona de las culturas pre-aztecas es más reposada que las realizadas inmediatamente después del Contacto, quizá porque la idea que los españoles se habían ido formando sobre el mundo indígena estaba más elaborada y ya comenzaba a existir un cierto interés por presentar una visión global de los acontecimientos del pasado. El interés del autor por la historia anterior a los aztecas queda perfectamente atestiguado cuando afirma: "ya tengo dicho en muchas partes de estos libros, cómo los que han escrito sobre el origen de estas gentes no se han preocupado de más que de dar noticia de cómo estos mexicanos vinieron. Y porque los unos autores toman de los otros, por eso dicen todos una misma cosa y no hacen mención de otras gentes que antes haya habido." (1975, vol. I: 75).

Utiliza todos los trabajos anteriores de Olmos, Motolinia y Mendieta, y gracias a ser el último de su generación dispuso también de los

escritos de algunos compañeros de Orden como Muñoz Camargo y Antonio Pimentel Ixtlilxochitl. El mismo reconoce haber manejado "La vida de fray Martín de Valencia" y hace referencias a Sahagún y Mendieta. A simple vista se puede apreciar que tomó gran cantidad de material de la "Historia Eclesiástica de Mendieta", pero como sólo afecta al período de la evangelización no atañe a este trabajo. Se inspira también en Herrera y por tanto, de una forma indirecta, en Cervantes de Salazar y López de Gómara. Además recurre continuamente a las propias fuentes indígenas: "se debe comenzar la historia de ellos, lo cual hago yo, habiendo buscado su origen, en libros que los naturales tenían guardados y escondidos, por el grande miedo que a los principios de su conversión cobraron a los ministros evangélicos." (1975, Vol. I: 75). Miguel León Portilla (1978: XII-XIII) nos relata cómo Torquemada, llevado por su interés hacia el pasado indígena, llevó a cabo una "inspección arqueológica" de lo que el llamaba "principal asiento y población de los hulmecas" cerca de Tlaxcala y cómo hizo tomar varias medidas del mismo. La obra de fray Juan de Torquemada es quizá la que proporciona una imagen más reposada sobre la idea que tenían los españoles acerca de la historia pre-azteca del valle de México, aunque nunca debemos olvidar que esa visión era la de los propios aztecas de quienes recogieron la información. En México, como en todas partes, la historia era reinterpretada por los vencedores.

Torquemada participa de un concepto de historia muy al gusto de las corrientes humanísticas de su época y engloba su narración sobre los antiguos mexicanos dentro de una concepción general donde incluye factores geográficos, climáticos, etc. Las coordenadas de su pensamiento podrían definirse ateniéndonos a los conceptos de universalismo y orden. Citándonos a Aristóteles nos dice que "el mundo es un orden y concierto de todas las cosas, es una disposición muy agradable, la cual de los dioses y por los dioses se conserva y guarda." (1975, vol. I: 7).

La importancia de la obra de Torquemada no ha sido debidamente reconocida por parte de los especialistas, pero aquellos que la han estudiado en profundidad coinciden en hacer una valoración muy positiva. Alfredo López Austin considera que "el mérito de su obra consiste en que es un gran intento de integración de la historia del Viejo Mundo y el Nuevo en una sola y Universal, haciendo a la segunda complemento de la ya conocida." (1973: 19).

La intención de este breve trabajo es reunir la gran cantidad de información que proporciona Torquemada sobre la historia del valle de México antes de la llegada de los aztecas, contrastándola con las evidencias arqueológicas de ese pasado y las opiniones vertidas sobre ese tema por antropólogos y etnohistoriadores.

## 2. LOS PRIMEROS POBLADORES: GIGANTES Y TEOTIHUACANOS

El problema inicial que se plantea Torquemada es el del origen del hombre americano. Desde el principio se opone a la idea -muy difundida en su época- de que la población indígena americana descendía de una de las tribus de Israel: "...y así me parece que debieron de ser alguna gente antiquísima, de quella que se repartió y dividió, luego después del Diluvio; porque a ser de tiempos más modernos pienso que fue-

ra muy posible que hubiera quien tratara de ella." (1975, vol. I: 36). Piensa que la población es autóctona, y lo que es más importante, que

"...los más de los primeros pobladores de este Nuevo Mundo vinieron a él por tierra, y que sus partes, así las del norte como las del sur, deben estar tan cerca de las otras tierras que se comunican y que los estrechos y brazos de mar que hay de por medio son de poco trecho y de manera que se pueden pasar fácilmente." (1975, vol. I: 45).

Hoy tenemos la certeza de que esta hipótesis de Torquemada está muy cerca de la realidad y que las primeras corrientes del poblamiento americano proceden, sin duda alguna, de Asia. Pedro Bosch Gimpera (1975: 45) piensa que hubo tres posibles rutas de penetración en el Continente. La más conocida es el Bering seco; corredor libre de aguas por efecto de las glaciaciones que comunicaría Asia y América sin necesidad de recurrir a la navegación. La segunda posibilidad se refiere a otro corredor, pero esta vez situado entre el casquete glacial y los glaciares de las Montañas Rocosas, que debió abrirse en el interstadial Tazewell-Cary, permitiendo el paso hacia la región de las grandes praderas y el norte de Canadá. La tercera posibilidad es la hipotética mayor anchura de las costas americanas del Pacífico, lo que permitiría la llegada de pobladores hasta Vancouver, y de allí, la penetración hacia la gran Cuenca y el Sudoeste de los Estados Unidos.

Los primeros habitantes de aquella tierra fueron los **quinametin** (gigantes) "cuyos cuerpos han aparecido en muchas partes de la tierra cavando por diversos lugares de ella." (Torquemada, 1975, vol. I: 52). En uno de los cuatro soles anteriores a los aztecas, sobre el que las fuentes no parecen ponerse de acuerdo, vivieron los **quinametin**. Su existencia está atestiguada por los huesos encontrados en los terrenos sedimentarios de la Cuenca de México, y su estatura fue estimada en el siglo XVI por el doctor Francisco Hernández en unos cinco metros (Armillas, 1950: 38). Estos huesos de gigante han sido estudiados por paleontólogos e identificados como pertenecientes a elefantes (*Archidiscodon Imperator*), *Bison Antiquus* y otros mamíferos del Pleistoceno. Torquemada considera verosímil la existencia de estos gigantes e incluso lo adorna con citas de Olastro, San Agustín y Amiano. La tradición indígena atribuye a los **quinametin** gran cantidad de prodigios y, sobre todo, los relaciona con la construcción de los grandes edificios de Teotihuacán. "Dicen que aquellos gigantes vinieron por mar y que hicieron guerra a los de la tierra y que edificaron edificios soberbios" (Torquemada, 1975, vol III: 381). Xelhuá, uno de los pocos gigantes teotihuacanos que escaparon a la hecatombe, marchó a **Cholula**, donde dice la tradición que edificó el **Tzacualli**, la gran pirámide, que según han probado las excavaciones (Armillas, 1950: 40) corresponde a la época más floreciente de la cultura teotihuacana.

La gran ciudad clásica ejerció una gran fascinación para los aztecas (allí situaron la creación del Quinto Sol), pero parece que el Postclásico Tardío había sido relegada a un lugar secundario por la mítica **Toillán** de los toltecas. Cuando los aztecas llegaron al valle de México teotihuacán era un montón de ruinas desde hacía muchos siglos, por lo muy posiblemente nunca llegaron a conocer las denominaciones originales: "los nombres que dieron a la ciudad muerta y a los principales monu-

mentos representan conceptos puramente mexicanos, reflejo de sus mitos, cuya correspondencia con las denominaciones originales no puede asegurarse." (Armillas, 1950: 37). Aunque pueda parecer un contrasentido la ciudad más grande de la América precolombina es también la que tiene una historia más insegura y confusa. La arqueología ha sido indispensable para llevar a cabo una evaluación objetiva de la gran metrópoli clásica.

Jiménez Moreno (1974: 3) basándose en crónicas indígenas identifica a los habitantes de Teotihuacán con los **quinametin** y a los **no-noalcas** con los teotihuacanos epigonales, pero sabemos muy poco sobre su origen étnico y su lengua. Lo que sí ha podido constatar la arqueología (Sanders, 1976) es el vertiginoso crecimiento de la ciudad. A partir del siglo II a.C., la población del valle de Teotihuacán comienza a crecer rápidamente y en los siglos IV y V d.C., puede ser estimada en unos ciento cincuenta mil habitantes. En el siglo VII comienza a disminuir y a finales del IX ha quedado reducida a una tercera parte. Según la cronología establecida por René Millon (1976) Teotihuacán abarca un período de unos novecientos años y comprende seis etapas: **Patlaquiche**, **Tzacualli**, **Miccaotli**, **Tlamilolpa**, **Xolalpan** y **Metepc**. La ciudad está planificada de acuerdo con un patrón previo y esto puede obedecer al estricto control de los sacerdotes que dirigieron los trabajos de construcción. Se distribuye en torno a una gran avenida, **Miccaotli** que cruza el centro ceremonial de sur a norte, y a las grandiosas pirámides del Sol y la Luna. Edificios religiosos, políticos y administrativos aparecen a ambos lados de la avenida y todos ellos están orientados unos 15 grados al este del norte. En el período clásico teotihuacano (300-650 d.C.) la ciudad se extiende rápidamente y son construidos nuevos barrios (**Atetelco**, **Yayahuala**, **Xolalpan**, **Tlamilolpa**, etc.) y centros residenciales. Del análisis de estas construcciones se deduce que la organización social de los teotihuacanos era muy compleja. Posiblemente las castas constituían la base de la organización y podemos detectar la existencia de nobles y plebeyos, e incluso de guerreros, comerciantes y artesanos. Sin lugar a dudas la religión ocupaba un lugar preponderante en su escala de valores y era la expresión ideológica del Estado. Que Teotihuacán era una ciudad y no un centro ceremonial es una afirmación que cuenta con el respaldo de 32 kilómetros cuadrados de urbanización. La división del trabajo y la importancia del comercio están atestiguadas por la existencia de zonas habitadas por artesanos e incluso por individuos procedentes de áreas muy alejadas.

En cuanto a la organización política de la ciudad no contamos con pruebas definitivas. En teotihuacán existen muy pocos indicios materiales que nos permitan afirmar que se trataba de un estado militarista. No existen fortificaciones ni escenas de batallas, y las pocas pinturas en las que se representan guerreros son muy tardías. Por el contrario hay una gran abundancia de templos y representaciones de sacerdotes, siendo muy corrientes las escenas religiosas, de dioses y de objetos de culto. Estas consideraciones hicieron pensar en un principio que nos encontramos frente a una ciudad teocrática cuyo influjo se había extendido "espiritualmente" por todos los confines de Mesoamérica. Esta interpretación del poderío teotihuacano fue perdiendo adeptos poco a poco a medida que se comprobó la existencia de algunos indicios (estela 31 de Tikal) que permitieron pensar lo inexacto de esa suposición. Ignacio Bernal

(1965: 35) opina que el militarismo teotihuacano bien pudo ser latente, que los militares eran los propios sacerdotes y que esta función sacerdotal, al menos desde el punto de vista de la representación artística, era la que predominaba. Sea como fuere, lo cierto es que " ...si Teotihuacán se hubiera mantenido cuanto menos ochocientos años como ciudad predominante sin ningún poderío militar, esta Pax Augusta sería un caso de tal manera único en la historia, que es difícil creer que haya sucedido." (Bernal, 1966: 108). Es muy posible que la fuerza implícita en la propia ciudad hicieran innecesario cualquier alarde belicista. Las cosas debieron cambiar cuando en los últimos años de decadencia la situación fue volviéndose cada vez más incierta. Como en otras muchas civilizaciones el guerrero se hizo indispensable y Teotihuacán dejó de exportar la imagen reposada de sus sacerdotes para sustituirla por la más inquietante, pero efectiva, de sus soldados.

Las excavaciones efectuadas en Teotihuacán han mostrado la gran importancia que esa inmensa ciudad tuvo para el posterior desarrollo cultural mesoamericano. "Así por ejemplo en la arquitectura, sus pirámides con su orientación específica, sus plazas y palacios, son como el paradigma implícito de ulteriores creaciones." (León-Portilla, 1972: 27). Esta influencia se hace notoria en otras muchas manifestaciones artísticas, sus trabajos en obsidiana, su cerámica de gran calidad, o sus magníficas pinturas murales. Las huellas de la presencia teotihuacana se extienden a todo lo largo y ancho de Mesoamérica. En Oaxaca (Monte Albán IIIa) se reproducen los cánones artísticos de la gran Metrópoli. Al este, en Cerro las Mesas y Tres Zapotes y, al noroeste, el Tajín. En el Are Maya encontramos pruebas de esta influencia en **Kaminaljuyú** (fase Esperanza), **Uaxactún** (fases **Tzakol** y **Holmul**) donde lo más significativo es quizá la Estructura E-VII-sub. En **Tikal** (Estela 31). En Belice (San José II) y en la época antigua de la Acrópolis de **Copán**.

Torquemada sitúa el nacimiento del Quinto Sol en la ciudad de Teotihuacán (1976, vol. III: 122) y con ello reproduce fielmente las tradiciones mexicanas recogidas en otras muchas crónicas indígenas. No es de extrañar que los aztecas se refirieran a la gran ciudad sagrada como el lugar donde comenzó su mundo, pues sin lugar a dudas, en ella se encuentra la base más antigua del arte, el pensamiento religioso y la forma de vida que más tarde caracterizarían las culturas postclásicas del valle de México.

### 3. TULA Y LOS TOLTECAS

Entre los siglos VII y VIII de nuestra Era, y encontrándose en pleno apogeo de su expansión, la ciudad de Teotihuacán desaparece para siempre de las páginas de la historia. La arqueología ha podido comprobar la existencia de signos inequívocos de incendio y destrucción asociados con cerámica **coyotlatelco**. Las causas de la destrucción no han sido debidamente aclaradas. Probablemente su desaparición no se debe a un solo motivo, sino que es el resultado de combinar varios factores distintos. La paulatina deforestación del valle pudo acarrear cambios climáticos, con el consecuente empobrecimiento de los recursos agrícolas y agravamiento de la crisis. Las incursiones cada vez más frecuentes de los pueblos del norte dieron a los guerreros un papel preeminente que debió en-

trar en contradicción con los postulados básicos de los teotihuacanos. Abandonada la ciudad se inicia una diáspora y parte de la población se instala en **Azcapotzalco** y **Xochicalco**, que se convierten en el refugio de las élites, de la tradición religiosa y, a la postre, de la cultura teotihuacana.

“los tultecas (según historias antiguas) fueron segundos pobladores de estas tierras después de los gigantes ...en especial en este rincón y parte que se llama Nueva España.” (Torquemada, 1975, vol. I: 55). De esta forma tan escueta el cronista nos da la noticia de un acontecimiento histórico que transformó Mesoamérica: la invasión de los pueblos **chichimecas**. Eric Wolf (1980: 111) piensa que los acontecimientos que tuvieron lugar después de su llegada modificaron sustancialmente la organización política, religiosa y social de toda Mesoamérica. La teocracia y el comercio dejaron de ser la base de la cohesión social, y la guerra, la expansión militar, la agricultura intensiva y la apropiación de excedentes en forma de tributos, se convirtieron en los rasgos más característicos de este período. Las nuevas potencias aglutinaron varios grupos lingüísticos y culturales diferentes. Las leyendas mesoamericanas nos hablan de los toltecas, los chichimecas y los tolteca-chichimeca, multiétnicidad que en la actualidad parece reforzarse.

Torquemada nos dice que “fueron los tultecas gente crecida de cuerpo y dispuesta (como las historias de los aculhuas cuentan). Andaban vestidos de unas túnicas blancas largas. Eran poco guerreros y más dados al arte de labrar piedras (que esto quiere decir tulteca como ya hemos dicho) que a otro arte alguno.” (1975, vol I: 56). Como veremos más adelante la información recogida por Torquemada sobre los toltecas entra en contradicción con los datos que nos proporciona la arqueología.

Parece increíble que una ciudad como teotihuacán, que tanta importancia alcanzara en los siglos anteriores, sea tan poco mencionada en las crónicas españolas e indígenas. Tula, sin embargo, aparece como la ciudad origen de todo y cuna de la civilización, cuando en realidad es mucho más modesta y solo reproduce a pequeña escala los grandes avances teotihuacanos. Llevados por este desconcierto Manuel Gamio (1922) sitúa en Teotihuacán la mítica Tula de las tradiciones indígenas. Piensa que sus habitantes abandonaron la ciudad por causas todavía desconocidas y, conservando sus rasgos característicos, deambularon algún tiempo por diversas regiones. Después de varios siglos se establecieron en algún lugar del estado de Hidalgo al que pusieron el nombre de Tula en recuerdo de su antigua metrópoli.

En 1941 los antropólogos mexicanos votaron una resolución, mediante la cual, la mítica capital de **Quetzalcóatl** dejaba de ser teotihuacán. La nueva candidata a tal honor era **Tula-Xicotitlán**, a unos 70 kilómetros al noroeste de Ciudad de México. Este cambio de ubicación de la capital de los toltecas se ajustaba más a la información proporcionada por las crónicas. El propio Torquemada nos dice que “...la primera ciudad que fundaron fue Tula, doce leguas de esta de México, a la parte del norte.” (1975, vol. I: 55).

El principal artífice del traslado fue Wigberto Jiménez Moreno (1941) que argumentó este cambio basándose en la correspondencia

existente entre los datos (fundamentalmente topográficos) que proporcionan las crónicas indígenas y los topónimos de los alrededores de Tula-Xicotitlán. Aunque al parecer los resultados de esta mesa redonda, organizada por la Sociedad Mexicana de Antropología, fueron bien acogidos por la mayor parte de los especialistas, algunos mantuvieron sus dudas. A medida que las excavaciones fueron sacando a la luz la flamante capital de los toltecas se comprobó que se trataba de un sitio arqueológico de segunda categoría que no justificaba, de ninguna manera, la gloria y grandeza que las crónicas indígenas atribuían a la espléndida capital de **Quetzalcóatl**. Esta es la razón de que algunos arqueólogos como Lorette Séjourné (1957) mantuvieran sus reservas sobre la oportunidad del traslado. Para el mundo **nahuatl** que conocieron los españoles decir **tolteca** equivalía a decir perfección técnica e intelectual, y es inconcebible que **Tula-Xicotitlán** pudiera suscitar tanta admiración. "Tulteca quiere decir artífice, porque los de esta nación fueron grandes artífices, como hoy día se ve en muchas partes de esta Nueva España." (Torquemada, 1975, vol. I: 55). Eran arquitectos, escultores, orfebres y pintores de primerísima calidad y, sin embargo, lo que ha quedado de la ciudad de Tula no es fiel reflejo de estas afirmaciones. Algunos rasgos son innovadores, sobre todo en lo que respecta a los temas y a la ordenación del espacio arquitectónico, pero en los aspectos técnicos Teotihuacán es, sin duda, la ciudad de los artistas.

A pesar de todo **Tula-Xicotitlán** se ha impuesto como capital de los toltecas. Pedro Armillas (1950: 66) considera que las excavaciones en Tula han permitido identificar las ruinas del Cerro del Tesoro con los palacios y templos del señorío de **Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl**, el personaje más importante y controvertido de este período.

**Quetzalcóatl**, hijo de **Mixcóatl** y **Chimalman**, "según historias verdaderas, fue gran sacerdote de la ciudad de Tula" (Torquemada, 1975, vol. III: 81). Además de sacerdote y señor de los toltecas es un importante dios creador (uno de los cuatro **Tezcatlipocas**) y el gran héroe mesoamericano por excelencia. Aparece mencionado en todas las crónicas, pero desgraciadamente "las fuentes indígenas ... parecen haber sido elaboradas con una delectación malévolamente para confundir a los futuros historiadores: no sólo son muchas las que nos hablan de **Ce Acatl**, sino detalladas; no sólo detalladas, sino contradictorias" (López Austin, 1973: 9). Torquemada, recogiendo la tradición indígena se refiere a él como a un gran hombre, maestro de toda sabiduría y arte. Es, sin duda, el héroe cultural por antonomasia, sabio entre los sabios, inventor de las artes y de las más elevadas doctrinas religiosas. Según León-Portilla (1968: 13) reúne en sí todas las connotaciones positivas del término "**Toltecayotl**", el conjunto de las grandes manifestaciones de los toltecas.

Torquemada (1975, vol. III: 83) da una versión del mito muy similar a la que aparece en los "Anales de Cuauhtitlán", **Quetzalcóatl**, sacerdote virtuoso, es tentado por el nigromántico **Tezcatlipoca** que "le enseña su rostro" y consigue que cometa incesto con su hermana. Derrotado inicia una larga marcha hacia **Tlilán Tlapalan** (la tierra del rojo y el negro), donde, después de pronosticar su vuelta, se sacrifica, convirtiéndose el planeta Venus. El análisis histórico del mito nos muestra la existencia en Tula de dos grupos étnicos distintos: los **nonoalcas** y los propiamente toltecas (**chichimecas**). **Quetzalcóatl** simboliza la ideología

de las culturas clásicas mesoamericanas (oposición a los sacrificios humanos) y **Tezcatlipoca** es el exponente del pensamiento militarista de los pueblos del norte. Se establece una oposición nonoalcas/toltecas-chichimecas, e incluso se puede llegar a pensar que compartieron un poder organizado de forma dual. El mismo Torquemada nos dice "y así fue, que aunque en lo temporal era el que gobernaba un señor llamado **Huemac**, en lo espiritual y eclesiástico este Quetzalcohuatl era supremo y como pontífice máximo" (1975, vol. 3: 81). Sobre lo que no parece haber dudas es que **Quetzalcóatl** fue derrotado y con él las antiguas concepciones religiosas del período clásico. La arqueología nos muestra la importancia de los cambios habidos desde la caída de Teotihuacán. En Tula el espíritu militarista y el culto astral habían destronado al antiguo poder teocrático. La mejor prueba de esta afirmación la tenemos en el **Tlahuizcalpantecuh-tli** o Edificio B. En él observamos cómo en la parte más importante y significativa del complejo (el templo superior) aparecen cuatro colosales figuras de piedra representando guerreros. Hasta Tula los militares se habían mantenido en las sombras, pero en el Postclásico se convertirán en los auténticos protagonistas. La guerra tendrá sentido en sí misma.

En la interpretación histórica del mito de **Quetzalcóatl** hay muchas piezas que no encajan. Si **Tezcatlipoca** venció a **Quetzalcóatl** ¿por qué un cambio de orientación ideológica de esa magnitud no dejó huellas en Tula? Con un simple análisis superficial de las ruinas comprobamos que **Quetzalcóatl** siguió siendo el alma de Tula hasta su destrucción. Las fuentes históricas nos refieren cómo el gran sacerdote, representante a ultranza de los valores teocráticos clásicos, se dirigió hacia Tabasco y Yucatán y, sin embargo, a su paso, sólo encontramos exaltación del militarismo, **tzompantlis** y un notable incremento de los sacrificios humanos.

Quizá una de las cuestiones más espinosas en este período es la de los **nonoalcas**. Jiménez Moreno (1974: 5), guiándose por algunas fuentes indígenas piensa que se trataba de un grupo de estirpe teotihuacana y, por lo tanto, originarios del altiplano. Román Piña Chan (1980), por el contrario, piensa que procedían de las tierras bajas, con lo que Tula pasaría a ser una colonia y Chichén Itzá la capital de los toltecas. En este caso es posible que lo más sensato sea una solución intermedia. Dado que los teotihuacanos habían mantenido colonias en la región sur de Campeche desde muy antiguo, los nonoalcas podían ser el resultado de la fusión de rasgos característicos del Altiplano Central con elementos culturales de los mayas de las Tierras Bajas. Esta hipótesis es muy atractiva pero debemos reconocer que, si bien aclara algunos interrogantes de vital importancia, da lugar a otros de difícil solución. De ser así habría una zona en el Golfo de México, entre Tabasco y Campeche, donde los nonoalcas desarrollaron una cultura que luego exportaron al Altiplano y a Yucatán, pero hasta la fecha no han aparecido restos materiales que permitan mantener esa hipótesis.

En el siglo X se produce la escisión en Tula y el grupo perdedor es expulsado dirigiéndose primero al Golfo de México y luego a Yucatán, donde las pruebas de la presencia tolteca son evidentes. Chichén Itzá es el lugar donde podemos apreciar el cambio con más claridad. Los edificios de la primera época -**Akab Dzib**, la Iglesia, el Templo de los Tres Dinteles, etc. se ajustan perfectamente a los estilos **Chenes** y **Puuc** utilizados por los mayas, pero con la supuesta llegada de los **Itzáes** en el siglo



X el panorama sufre un cambio radical. Según Piña Chan (1980: 33) eran gentes de habla maya-chontal asentadas en la región comprendida entre **Xicalango** y **Champton** (tierras de **Zuyúa**) que tenían una cultura híbrida, mezcla de rasgos maya-chontales, veracruzanos y del Altiplano Central. Thompson (1977: 43) piensa que provienen de la misma zona geográfica y los llama **putunes**. Esta región de **Zuyúa** pudo ser el hogar y punto de partida de los **iztáes**, **xiues**, **quichés**, y **cakchiqueles**, lo que explicaría las continuas referencias a **Quetzalcóatl** (**Gugumatx**, **Tohil**) y la insistencia con que algunos grupos tan alejados entre sí dicen descender de la mítica **Tollán**.

Torquemada recoge noticias de que "los de Yucatán veneraron y reverenciaron a este dios Quetzalcohuatl y le llamaron Kukulcán; y decían haber llegado allí de las partes del poniente" (1975, vol. III: 87). La nueva religión llegó acompañada del militarismo, la guerra y las conquistas. Hubo muchos cambios en Chichén Itzá que avalan el triunfo de una nueva forma de pensar, de organizar la sociedad y de concebir nuevos espacios arquitectónicos. En el Juego de Pelota, El Caracol, el Templo del Hombre Barbado, etc., aparecen elementos muy significativos: el **Chac Mool**, las columnas serpentiiformes, los frisos con jaguares y las representaciones de **Kukulcán**. Las similitudes con la ciudad de Tula son muy claras. En el Templo de los Atlantes de Chichén Itzá aparecen dos figuras de guerreros sosteniendo el dintel sobre el que descansa la techumbre. El Templo de los Guerreros tiene cuerpos escalonados formados por talud y tablero-cornisa, decorados estos últimos con bajorrelieves en los que aparecen guerreros, águilas y jaguares devorando corazones. Hay grandes espacios cubiertos -Columnata del Templo de los Guerreros, grupo de las Mil Columnas. donde la techumbre descansa sobre columnas formando grandes salas hipóstilas, lo que supone un cambio sustancial en la concepción de los espacios civiles y religiosos. En estas salas cubiertas hay banquetas corridas decoradas con relieves de serpientes y guerreros donde, posiblemente, se celebraban las asambleas. Aparecen los **Tzompantli**, plataformas rectangulares compuestas por un talud bajo y un tablero formado por dos molduras y una faja central decorada por calaveras que corren en tres hileras horizontales. Todos estos elementos son típicamente "toltecas" y los encontramos tanto en Tula como en Chichén Itzá, pero la arquitectura tolteca de Tula es de "...una concepción majestuosa pero de realización mediocre. Esto se debe, en parte, a la prisa con que fueron levantados los monumentos y, en parte, a la defectuosa técnica de construcción utilizada." (Acosta, 1956: 76). El sistema empleado era el de núcleos de piedra sin tierra y se iban alternando capas de piedras grandes y pequeñas. Lo único construido en barro son los muros externos de contención.

Las contradicciones que antes observábamos en el mito de **Quetzalcóatl** se deben a que tratamos de unificar dos figuras muy distintas e incluso irreconciliables: el héroe mítico y el personaje histórico. La derrota espiritual del virtuoso sacerdote se refiere, sin duda, a la confrontación de dos tendencias ideológicas contrapuestas y al triunfo de la orientación secular y militarista sobre la teocrática, mientras que las huellas materiales que dejó el **Quetzalcóatl** histórico a su paso son, precisamente, un fiel exponente del triunfo del militarismo. Aunque se trata de una evidente contradicción "hemos de reconocer que el mundo de las ideas y creencias cuyo símbolo fue la serpiente emplumada continúa siendo evocación de espiritualismo y creación cultural" (León-Portilla, 1968: 36).

Fuera cual fuese la población de Tula no podemos negar su importancia en el desarrollo posterior de la política del Valle de México. El tener alguna relación -aunque fuera mítica- con los legendarios toltecas "vino a ser la condición sine quanon de la legitimidad política; al carecer de ella, la pretensión a una descendencia real era falsa, y el ejercicio del poder político, ilegítimo" (Wolf, 1980: 112).

#### 4. LA FRONTERA NORTE DE MESOAMÉRICA Y LOS PUEBLOS CHICHIMECAS.

Parece ser que entre los siglos VI al X de nuestra Era la frontera agrícola, al norte del altiplano central de México, avanzó a lo largo de la Sierra Madre Occidental hasta el Estado de Durango. Esta expansión civilizadora hacia el norte terminó por colapsarse y entre los siglos XII al XV un éxodo masivo de pueblos irrumpió en el Valle de México. Según Torquemada estos grupos venían con la sana intención de "vengar injurias antiguas que su padre, abuelos y antepasados habían recibido de las naciones que habitaban la tierra hacia las partes del sur y mediodía (en contra de las que hasta entonces los chichimecas habitaban y poseían) los cuales se les ponían de ordinario en fronteras y los inquietaban y molestaban, con continuas guerras" (1975, vol. I: 59). Las fricciones entre pueblos civilizados (agrícolas) y las tribus nómadas (cazadoras y recolectoras) debieron originarse desde los inicios del período Clásico. La existencia de sitios-fortaleza en Querétaro, las Ranas y Toluquilla "pudieron ser interpretadas como corolario de invasión violenta, de conquista de nuevos territorios por pueblos civilizados, consolidadas mediante asentamientos en los confines de grupos de colonos organizados militarmente" (Armillas, 1964: 69). El establecimiento de estas avanzadillas nortenas por parte de teotihuacanos y toltecas cubrían un doble objetivo; por un lado poner en explotación nuevas tierras tratando de solucionar los problemas originados por el crecimiento demográfico, y por otro, frenar las incursiones de las tribus del norte que, en ocasiones, hacían peligrar las cosechas y la economía de las poblaciones sedentarias.

La frontera norte mesoamericana es una zona de gran fluctuación climática con precipitaciones muy irregulares y, por tanto, el margen de garantía para los agricultores sedentarios siempre fue muy precario. Los avances y retrocesos en la frontera estaban condicionados por la cuantía de las precipitaciones. A períodos de alta pluviosidad corresponderían los avances colonizadores y a los de baja los retrocesos. Esta frontera no era una línea simple e invariable que separaba de un lado los campos cultivados y del otro los secos matorrales, sino más bien "una zona grande y cambiante dominada unas veces por los recolectores y otras por los cazadores" (Wolf, 1980: 108). Hay indicios de que en determinadas épocas los cultivos se extendieron muy al norte y una estrecha franja agrícola atravesaba Zacatecas y Durango hasta los límites actuales del Estado de Chihuahua. El eje de esta área parece que era el centro fortificado de La Quemada, al suroeste de la ciudad de Zacatecas. Allí se ha podido constatar la existencia de un templo fortificado con pirámides, un juego de pelota y un patio rodeado por muros. Según Eric Wolf en Loma de San Gabriel (en la frontera entre Chihuahua e Hidalgo) encontramos una réplica de La Quemada.

El límite de la agricultura sedentaria marcaba los límites de Mesoamérica. La zona árida pertenecía a los grupos de cazadores recolectores y la que gozaba de precipitaciones suficientes para la práctica agrícola estaba ocupada por poblaciones sedentarias. La disparidad cultural entre los grupos de un lado y otro de la divisoria se correspondía con las diferencias ambientales. Según Armillas estos establecimientos agrícolas en la parte septentrional se debieron iniciar en la época de Teotihuacán. La organización pudo parecerse, salvando las distancias, a los asentamientos fronterizos de la antigua Roma. Como hemos visto en La Quemada, se reproducían modestamente y a pequeña escala los patrones arquitectónicos de los centros ceremoniales originarios y los colonos instalados debían caracterizarse por su doble faceta de militar-agricultor. En la época anterior al siglo XIII la existencia de sitios arqueológicos en toda la comarca del Bajío, en las sierras del norte de Guanajuato y de Querétaro y en el sur del Estado de San Luis Potosí, nos indica que los pueblos agrícolas se extendieron por todo el Altiplano Central de México, muy al norte del río Lerma, hasta territorios que hoy en día constituyen grandes extensiones desoladas y estériles.

Parece que entre el 900 y el 1350 los asentamientos norteños recibieron influencias toltecas, aunque "sin excluir un origen mucho más antiguo, hasta la época en que floreció Teotihuacán" (Wolf, 1980: 108). No cabe duda que Tula desempeñó un papel fundamental en la consolidación y mantenimiento de estos centros fronterizos. Su propia situación en los límites de la civilización hacía preciso un control efectivo sobre las poblaciones situadas al norte de su capital. Muy posiblemente cuando Tula cayó estos asentamientos se perdieron para siempre.

Armillas piensa que los cambios climáticos y la paulatina desertización de la zona septentrional del Valle de México fueron factores decisivos en la caída del Imperio Tolteca. La crisis de Tula trajo consigo la ruptura del equilibrio en la frontera. Después se inició un éxodo general de pueblos chichimecas situados al norte del "limes", que irrumpieron violentamente provocando un repliegue hacia el sur de las comunidades sedentarias.

En el siglo XIII varias tribus chichimecas descendieron hacia el sur. Eran "gente desnuda de ropa de lana, algodón, ni otra cosa que sea de paño o lienzo, pero vestida de pieles de animales; su sustento ordinario es la caza, que siempre siguen y matan; y su habitación en lugares cavernosos, porque como el principal ejercicio de su vida es montear, no les queda tiempo para edificar casas" (Torquemada, 1975, vol. I: 58). Esta descripción es buena muestra de la versión oficial que recogieron los españoles, según la cual, la confrontación entre chichimecas y toltecas fue un enfrentamiento entre dos formas opuestas de vivir. Sin embargo, es evidente que los chichimecas, aun siendo pueblos más atrasados -sobre todo si los comparamos con otros de tradición clásica- no desconocían las formas de vida complejas y refinadas. Su proceso de aculturación debió ser bastante rápido y su presencia en la cuenca central de México, no sólo no acabó con las altas culturas en decadencia, sino que gracias a ellos tuvo lugar un renacimiento cultural que supuso el último gran episodio de las grandes civilizaciones prehispánicas. La imagen del chichimeca salvaje, flechador, errante y vestido con pieles de animales la tenemos muy bien descrita, con todo lujo de detalles, en las pinturas de la "Historia Tolteca-Chichimeca", pero se trata, sin duda, de la versión histórica oficial.

A juzgar por la información indígena que poseemos estos grupos chichimecas, que Armillas considera de filiación **Pame**, contaban, a su llegada a la Cuenca de México, con muchos rasgos característicos de los pueblos mesoamericanos: estratificación social, templos, dioses, sacerdotes, etc. "Cuando estas gentes llegaron a las arruinadas provincias centrales del Imperio, cinco años después de la destrucción de Tollán, ya había entre ellos señores y vasayos, nobles y plebeyos" (Armillas, 1964: 74). Cuando irrumpieron en la Cuenca Central al mando del caudillo **Xólotl** es muy posible que ya estuvieran bastante aculturados, e incluso que practicaran la agricultura. Su llegada en los siglos XIII y XIV supuso un retroceso en la frontera norte, donde numerosas tierras fueron abandonadas. Esto hace pensar que al ir empeorando las condiciones favorables para la agricultura, los pueblos del norte cayeron sobre la zona central. Es muy posible que estos grupos chichimecas hubieran ido aculturándose poco a poco en su contacto con las avanzadillas de la civilización en la frontera septentrional y que sus movimientos migratorios obedecieran a la necesidad de buscar nuevas tierras más productivas.

Torquemada nos cuenta cómo **Xólotl**, preocupado por la inactividad de los toltecas, envió mensajeros a averiguar lo ocurrido. Sus espías encontraron abandonada y despoblada la tierra antes dominada por los toltecas, y el caudillo, una vez informado de ello, decidió entrar con su gente para repoblar aquella zona. "De allí pasaron al sitio (donde ahora es el pueblo de Tula, doce leguas desta ciudad de México) en el cual lugar y sitio hallaron muchas ruinas de edificios y casas antiguas, que daban a entender haber sido habitadas de otras gentes antecesoras" (1975, vol. I: 62). Considera que los chichimecas no fueron los causantes de la ruina de Tula ya que sus habitantes, presionados por sus dioses, habían abandonado voluntariamente las tierras. Pero la arqueología nos muestra que la ciudad de Tula "fue arrasada por un gran incendio y luego sufrió un saqueo desenfrenado. Por todas partes se encontraron restos de carbón, ceniza y madera a medio quemar" (Acosta, 1956: 75). Los adobes de los muros, debido al intenso calor del fuego, se convirtieron en ladrillos. Todo parece indicar que Tula fue destruida de forma intencionada y es muy posible que las gentes que fabricaban la cerámica **Tenayuca**, o **Azteca II** tuvieran alguna relación con el hecho.

No cabe duda que **Xólotl** no era tan bárbaro como los aztecas y tezcocanos le han hecho aparecer. Quizás "sabiendo a **Xólotl** chichimeca, le adjudicaban el género de vida y el aspecto que tenían los cazadores nómadas que todavía recorrían las estepas del norte." (caso, 1966: 148). De hecho, estaba casado con una señora huasteca (**Tomí Yauh**) lo que nos indica que antes de la conquista de Tula ya estaba familiarizado con las altas culturas y, desde luego, su hijo **Nopaltzin** debe ser considerado como un príncipe de cultura mesoamericana.

Después de explorar el Valle de México y "habiendo dicho unos y otros las condiciones de los sitios y tierras que habían andado y visto, quedó entre todos decretado que la de Tenayucan era por entonces mejor y más acomodada" (Torquemada, 1975, vol. I: 64). Bajo el Reinado de **Xólotl** se instalaron en **Tenayuca** "donde existían ya diversas edificaciones, entre ellas una célebre pirámide, que en tiempos posteriores sería ampliada con nuevas estructuras superpuestas" (León-Portilla, 1967: 69), y se dispusieron a reconocer el Valle de México. En **Culhuacán** y **Cholula**

entraron en contacto con los restos de la **Toltecatoytl** y fueron adaptándose a las condiciones del lugar donde se habían asentado.

La pirámide de Tenayuca es el único vestigio que tenemos de la presencia de los chichimecas de **Xólotl**. Fue excavada y restaurada por Ignacio Marquina entre 1925 y 1928. Se encontraron cinco subestructuras en buen estado de conservación y se obtuvo cerámica suficiente para realizar un buen trabajo comparativo de cada una de las fases constructivas, pero el material se mezcló y el análisis resultó imposible. En 1963 Jorge Acosta llevó a cabo nuevos trabajos en el interior de la pirámide y basándose en un total de 5.179 **tepalcates** (1965: 126) llegó a las siguientes conclusiones:

— La estructura I fue construida por un grupo de toltecas (**coyotlatelco**) entre los siglos X y XI d.C.

— Las estructuras II, III y IV fueron levantadas por gentes que fabricaban la cerámica Azteca II, muy posiblemente la de los chichimecas que conquistaron el Valle de México a mediados del siglo XII.

— La estructura IV sigue en la línea de Azteca II, aunque algunos ejemplares muestran una evolución hacia Azteca III, pudiendo tratarse de un período de transición.

Estas investigaciones pusieron de manifiesto que en un principio **Tenayuca** fue poblada por los teotihuacanos. Los toltecas dejaron abundantes restos cerámicos y existen vestigios de una pirámide en la Estructura I. Años más tarde llegaron otros "toltecas" (Mazapán), se mezclaron y siguieron utilizando la Estructura I hasta la llegada de los chichimecas, que fueron los constructores de las Estructuras II, III y IV. Hay algunos elementos chichimecas en **Tenayuca** que luego fueron utilizados por los aztecas, como las dos escalinatas que dan acceso a los templos gemelos, en un intento de vincular tradiciones antiguas y nuevas que culminará más tarde con **Tláloc** y **Huitzilopochtli** en el Templo Mayor de **Tenochtitlán**.

Estos grupos chichimecas no eran de filiación lingüística **nahuatl** y el aprendizaje de este idioma, el más prestigioso de la zona, aceleró su proceso de aculturación. Los intereses estratégicos de **Xólotl** le llevaron a establecer un nuevo asentamiento en **Tezcoco**, ciudad que tendría una gran relevancia en los años venideros.

Las tribus del norte seguían llegando al Valle de México y el gran **Xólotl** decidió repartir sus tierras y delegar su autoridad del siguiente modo: "Acolhua, que era el mayor de los tres hermanos le dio la población de Azcapotzalco; y el segundo llamado Chiconcuahutli le hizo señor de Xaltocan, que era otro señorío que cae delante de Azcapotzalco ...y al tercero llamado Tzontecomatl le señaló el señorío de Cohuatlichán" (Torquemada, 1975, Vol. I: 79). A partir de ese momento el territorio quedó dividido en varias "ciudades-estado" que disputaban el control absoluto entre sí. Torquemada da fe, al menos, de tres guerras: El rey **culhua** de **Azcapotzalco** contra **Chalchiuhcua** de **Tepetzotlán**; **Huetzin** de **Coatlinchán** contra **Yacazozotl** de **Tepetlaoztoc**, y **Nopaltzin** contra los de **Tollantzingo**. Al margen de algunas imprecisiones -los **acoluhas** estaban en **Coatlinchán** y los tepanecas en Azcapotzalco. Torquemada refleja muy

bien la inseguridad política que caracterizó este momento. Tratando de contrarrestar este caos se inició una política de alianzas entre diversas ciudades, pero los continuos enfrentamientos impidieron llegar a un acuerdo definitivo, haciendo que cualquier pacto resultara efímero y transitorio. Muerto **Xólotl**, los "caciques" comenzaron a rivalizar entre sí y "este cuerpo místico de la república estaba tan lleno de ronchas de ambición y tan hinchado que a cualquier ocasión por leve que fuese, mostraban el deseo y bullicio grande que tenía de reventar y salir manchado la obediencia que a su monarca debían" (Torquemada, 1975, vol. I: 89). Hacia el año 1399 **Xaltocan** es conquistada por los tepanecas y esto marca el ocaso de los príncipes herederos de **Xólotl**. El nuevo reino de **Azcapotzalco**, con **Tezcoco** al frente, se extiende fuera del valle, por el norte a **Meztitlán**, por el sur a Guerrero, por el poniente a **Toluca** y por el oriente hasta **Tlaxcala** y **Huejotzingo**.

En esta época los aztecas, un insignificante grupo de recién llegados, pugnaban por hacerse un lugar bajo el sol. Pronto comprendieron que en un medio tan hostil lo más importante era permanecer unidos y aprovechar las pocas oportunidades que surgieran. Aprendieron todo lo que les pudiera ser de utilidad trabajando como mercenarios para varias potencias del valle y comenzaron una vertiginosa carrera que, en poco más de cien años, les situó en la cumbre del poder.

## 5. CONCLUSIONES

Hemos ido viendo como la comparación entre las crónicas -Torquemada en este caso- y las evidencias arqueológicas es muy difícil de realizar. No debemos olvidar que la mayor parte de la información que recoge en su obra se deriva, en última instancia, de los datos proporcionados por los propios indígenas, ya sea a través de sus fuentes escritas originales (códices) o mediante la transcripción en **nahuatl** (con alfabeto latino) de sus viejos relatos de tradición oral. León-Portilla piensa que "la imagen de México Antiguo que ofrecen los documentos indígenas no siempre coincidirá con la versión oficial de la arqueología. En muchos casos será más bien una especie de narración maravillosa, fusión de mitos y realidades" (1972: 13). Esto es evidente, sobre todo, en las referencias a teotihuacanos y toltecas. La historia del Valle de México es larga y azarosa. Los pueblos que fueron llegando sucesivamente hicieron su propia interpretación de las culturas que les habían precedido. No era tan importante lo que encontraban como las distintas significaciones que le atribuían. Los aztecas no podían ignorar la existencia de unas ruinas de la magnitud de **Teotihuacán** pero, sin embargo, como no tenían la menor idea sobre su historia, desarrollaron una interpretación mitológica que se ajustara a sus necesidades. El caso de Tula es diferente. No cabe duda que parte de los acontecimientos que han llegado hasta nosotros tienen una base histórica, aunque fue alterada posteriormente de tal forma que cualquier intento de análisis objetivo choca con una lógica indígena que, muy a pesar nuestro, sigue resultándonos bastante ilógica.

La arqueología nos muestra que Teotihuacán y Tula fueron dos ciudades distintas capaces de imponer su hegemonía política, militar y económica sobre sus vecinos. La tradición indígena considera Teotihuacán como el lugar donde se originó su mundo y a Tula como el punto de

referencia de todos sus logros en la ciencia, la religión, la cultura y las artes. De hecho estas dos visiones de una misma realidad son bastante distintas, como si se tratara de dos líneas paralelas que corren por un mismo camino sin posibilidad alguna de comunicación. Afortunadamente no es así y en muchas ocasiones la arqueología y la información histórica se complementan mutuamente.

A partir del siglo XIII la calidad de la información mejora notablemente y, al margen de la imprecisión de las fechas, los hechos se corresponden mucho mejor con el registro arqueológico. Mientras que muchos especialistas han puesto en duda la existencia real de **Mixcóatl** o **Quetzalcóatl**, nadie ha osado hacerlo con personajes como **Tezozomoc**, **Nezahualcóyotl** o **Itzcóatl**.

La historia del valle de México durante el postclásico medio y tardío se ha ido configurando como una de corte occidental. Antes de la llegada de los aztecas las ciudades-estado se dividían en dos bloques: por un lado aquellas que habían sobrevivido al ocaso de Tula (**Xochicalco**, **Culhuacán**) y seguían conservando parte de los rasgos de esta cultura y, por otro, las fundadas por tribus venidas del norte (**Azcapotzalco**, **Tezco-co**). Para Jacques Soustelle (1982: 32) los primeros hacían descender sus monarquías de los propios toltecas y los segundos trataban de entroncar, por todos los medios, con esta tradición. Quizá el triunfo de los aztecas se encuentre, precisamente, en su capacidad para hacer compatibles ambas tradiciones, unificando por las armas algo que, de otra manera, no hubiera sido posible.

- ACOSTA, Jorge (1956): "Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca". *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, XIV: 75-87. México.
- ACOSTA, Jorge (1963): *Tenayuca, exploraciones de 1963*. Anales del I.N.A.H., tomo XVII. México.
- ANALES de Cuauhtitlán (1975): *Códice Chimalpopoca*. Instituto de Investigaciones Históricas. México.
- ARMILLAS, Pedro (1950): "Teotihuacán, Tula y los toltecas". *Runa* III: 37-70. Buenos Aires.
- ARMILLAS, Pedro (1964): "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica". *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda*. Seminario de Estudios Americanistas y Seminario de Antropología Americana. Madrid.
- BERNAL, Ignacio (1965): "Notas preliminares sobre el posible Imperio Teotihuacano". *Estudios de Cultura Náhuatl*, V: 31-38. México.
- BERNAL, Ignacio (1966): "Teotihuacán ¿Capital de Imperio?". *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. Vol XX: 95-116. México.
- BOSCH GIMPERA, Pedro (1975): *La América Prehispánica*. Ariel, Barcelona.
- CASO, Alfonso (1966): "La época de los Señoríos Independientes 1232-1427". *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. XX: 147-152. México.
- ESTEVE BARBA, Francisco (1964): *Historiografía Indiana*. Editorial Gredos. Madrid.
- HISTORIA *Tolteca-Chichimeca* (1976): Ver Kirchhoff, 1976.
- JIMÉNEZ MORENO, Wigberto (1941): "Tula y los Toltecas según las fuentes históricas". *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. Vol. V: 79-83. México.
- JIMÉNEZ MORENO, Wigberto (1974): "Los portadores de la cultura teotihuacana". *Historia Mexicana*, vol. XXIV, 1: 1-12. Colegio de México.
- KIRCHHOFF, Paul; REYES, Luis, y GÜEMES Lina (1976): *Historia Tolteca-Chichimeca*. CIS/INAH. México.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (1967): "El proceso de aculturación de los chichimecas de Xólotl". *Estudios de Cultura Náhuatl*. Vol. VII: 59-86.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (1968): *Quetzalcóatl*. Fondo de Cultura Económica. México.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (1971): *De Teotihuacán a los aztecas. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*. UNAM. México.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (1972): *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. Fondo de Cultura Económica. México.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (1978): "Prólogo", pag: VII-XLI. En *La Monarquía Indiana* de fray Juan de Torquemada. UNAM. México.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo (1973): *Hombres-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*. UNAM. México.
- MILLON, Rene (1976): "Chronological and Developmental Terminology: Why they Must be Divorced". *The Valley of Mexico. Studies in Pre-Hispanic Ecology and Society*. (Wolf Edit.) pp: 101-159. University of New Mexico Press. Albuquerque.
- PLIÑA CHAN, Román (1980): *Chichén Itzá. La ciudad de los brujos del agua*. Fondo de Cultura Económica. México.
- SANDERS, William T (1976): "The Agricultural History of the Basin of Mexico". *The Valley of Mexico. Studies in Pre-Hispanic Ecology and Society*. (Wolf Edit.) pp: 101-159. University of New Mexico Press. Albuquerque.
- SEJOURNE, Laurette (1957): *Pensamiento y religión en el México Antiguo*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Soustelle, Jacques (1982): *El Universo de los Aztecas*. Fondo de Cultura Económica. México.
- THOMPSON, J. Eric (1977): *Historia y Religión de los Mayas*. Siglo XXI. México.
- TORQUEMADA, fray Juan de (1975): *De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*. Vol. I y III. UNAM. México.
- WOLF, Eric (1980): *Pueblos y Culturas de Mesoamérica*. Era. México.